
RESEÑAS

Hirschman, Albert O., *Essays in Trespassing*, Cambridge University Press, 1981, 310 pp.

La indagación interdisciplinaria es uno de los rasgos distintivos de Hirschman. Sus escritos revelan, no sólo elegancia cartesiana, sino un conocimiento amplio que desafía los límites intelectuales en boga. Es un analista social imaginativo, proclive a acuñar metáforas pertinentes y a poner al servicio de una tesis postulados y evidencias que emanan de la antropología, de la teoría de las organizaciones y, desde luego, de la economía. Estas oscilaciones turban al lector convencional, y acaso provocan airadas reacciones. Porque los hombres de cultura molestan: ponen al descubierto nuestra disimulada ignorancia.

En esta obra, Hirschman pretende formalizar el juego interdisciplinario y lo logra, aunque sólo parcialmente. Sus señalamientos dejan muchas cuestiones sin resolver.

Salvo el primer capítulo, el libro está lleno de comentarios del propio Hirschman a los textos que le dieron prestigio. Algunos se refieren al desarrollo económico; otros, a la conducta de las organizaciones; y el resto a los orígenes intelectuales del capitalismo. La mayoría de ellos ya fueron traducidos al español y publicados por el *Trimestre Económico*.

El texto parte de una caracterización de la "economía del desarrollo". Habría nacido hace una generación (no define operativamente este concepto), de las entrañas de la economía. Desde entonces evolucionó rápidamente, pero hoy se encuentra casi paralizada. El declive se debería esencialmente al estancamiento de las economías que fueron materia de estudio de esta disciplina. La

correlación, sin embargo, no es necesaria. Ciertamente, si el objeto de una especialidad se "agota", cunde la desesperanza intelectual y los investigadores ambiciosos se mueven hacia otros campos. Pero pueden aparecer nociones creativas sobre el estancamiento; la "contaminación" del sujeto por el objeto no es inevitable.

De todos modos, Hirschman propone una tipología de las teorías del desarrollo (p. 3) con arreglo a dos criterios: la uncausalidad y el postulado de beneficio mutuo. Así, por ejemplo, la economía clásica y Marx se caracterizan por el supuesto de que un mismo cuerpo doctrinario puede explicar la conducta económica, independientemente del grado de desarrollo. Por otra parte, la economía del desarrollo y las doctrinas neomarxistas rechazan esta perspectiva. La historicidad de una situación exige explicaciones particulares. En cuanto a la creencia en el "beneficio mutuo", que se derivaría de la negociación entre países de ingreso desigual, tanto marxista como neomarxistas están en desacuerdo; en cambio, la visión ortodoxa y la economía del desarrollo coinciden en postularla.

Hirschman hace hincapie en que los teoremas neoclásicos carecen de universalidad; el propio Keynes había concebido por lo menos dos tipos diferentes de economía. Las normas que se aplican a una resultan impertinentes para otras. Así, por ejemplo, el desempleo rural y la industrialización tardía de los países en desarrollo no se pueden explicar conforme a categorías neoclásicas. Aquí los economistas del desarrollo y los neomarxistas confluyen. Sin embargo, se distancian al considerar la otra variable. En tanto que los primeros creen que una "noble negociación" entre centros y periferias puede activar el desarrollo compartido, los últimos descartan esta posibilidad.

Desde otro ángulo, los neomarxistas suelen avenirse con la presumible universalidad de los neoclásicos pues ambos lesionan la validez, con argumentos dispares, de la economía del desarrollo (p. 14). Por añadidura, los estudiosos del desarrollo han dejado de percibir la heterogeneidad y las propensiones irracionales que se verifican dentro de los países de menor ingreso. De esta manera se habrían producido no sólo sorprendentes convergencias doctrinarias sino un alejamiento de la realidad, un autismo conceptual y empírico, que reduce la aptitud explicativa de la economía del desarrollo. Hirschman no sugiere una salida de este laberinto ni se percata de que su deslinde entre neomarxistas y economistas del desarrollo es algo forzado. Sin embargo, este juego de paradojas no deja de fascinar.

La siguiente sección alude a su valioso libro —escrito en 1943 y publicado en 1945— que aborda el poder como variable del comercio exterior. Hirschman escribe un ensayo nostálgico sobre esta obra, donde se dan los primeros elementos para lo que ulteriormente se llamará "la teoría de la dependencia". No reprocha a los.

que se olvidaron de su aporte; se limita a señalar que la dependencia —como teoría y como política— presenta hoy rendimientos decrecientes. Contribuye como diagnóstico, mas carece de una dimensión normativa.

A propósito de su texto sobre el desarrollo económico (1958), Hirschman se plantea nuevas cuestiones: las causas de la tolerancia social al reparto regresivo del ingreso, los tipos de enlaces inter e intrasectoriales que cristalizan en una economía en desarrollo, y las fuentes de los regímenes autoritarios en América Latina.

Por falta de espacio sólo se considerará el primer tema. Aquí acuña y explica su “efecto túnel” que recuerda el paradigma mertoniano sobre los grupos de referencia. Cuando se verifica una selecta movilidad social, el individuo que la advierte estima que también “su turno llegará”. El avance de los otros lo gratifica con la esperanza, y esta gratificación suspende la envidia y la rebelión (p. 41). Sólo cuando la expectativa de avance demora en cristalizar se suscita un difundido resentimiento. Brota entonces el descontento; el “efecto túnel” pierde fuerza. Puede sobrevenir una revolución que, irónicamente consolida la tolerancia para nuevas desigualdades. Conclusión: si un país pretende lograr gradualmente crecimiento y equidad debe alentar el “efecto túnel”, esto es, un género de movilidad selectiva que anima las esperanzas de todos. Si tal efecto es débil o inexistente, la equidad debe alcanzarse en forma simultánea con el crecimiento, y esto se convierte en casi imposible. De este modo, la visión en el túnel es un caso de “privación relativa” que se traduce en acumulación de capital toda vez que es considerada legítima; pero cuando ocurre el desencanto, el sistema encara graves tensiones.

A propósito de su libro sobre políticas económicas en América Latina (1963), Hirschman aporta tres ensayos. Uno toca el estilo de análisis político prevaeciente en la región; el segundo se remonta a los antecedentes intelectuales del imperialismo, a la dialéctica hegeliana; y el último se refiere a la matriz social de la inflación latinoamericana.

Estas monografías se oponen a la sabiduría convencional. Por ejemplo, existen variedades de crecimiento económico que son compatibles con la represión y la inquietud social. Las versiones ingenuas de la modernización y de la dependencia resultan menos sutiles que la realidad. Por otra parte, la importancia de un problema público (como la concentración contraproducente de la tierra o de la renta) no depende de sus atributos intrínsecos sino de su gravitación política (p. 151). De aquí que la capacidad de organización sea en América Latina una variable clave. Pueden hallarse en un país millones de campesinos abrumados por la miseria, pero si carecen de esa capacidad no constituyen “un problema”. Por otra parte, las élites gubernantes poseen una débil aptitud para aprender, acaso porque pueden

disimular o esconder los errores con holgura; la oposición tampoco ofrece alternativas viables, como si estuviera afligida por un derro-tismo incurable (p. 156).

En el artículo sobre Hegel, Hirschman le atribuye la paternidad de algunas ideas centrales del imperialismo. Por ejemplo el filósofo alemán sugirió que la distribución inequitativa del ingreso conduciría a una merma del consumo (o sobreproducción, como diría más tarde Hobson), y ésta a una búsqueda compulsiva de nuevos mercados en las áreas que todavía no conocieron la intrusión capitalista.

En lo que respecta a la inflación, Hirschman acepta que las pugnas sociales y políticas, más que la evolución de la productividad o de los costos, son un determinante significativo de la efervescencia de los precios. Sin embargo, la inflación puede servir también para dar escape a conflictos sociales y constituye así un “sustituto de la guerra civil” (p. 201). La hiperinflación, por añadidura, no apareja necesariamente magnas transformaciones sino la intervención militar consecuelas autoritarias conocidas. Hirschman recuerda que los años que precedieron a la revolución cubana se caracterizaron por la estabilidad de precios.

La cuarta sección del libro alude a las tesis de este autor respecto al comportamiento de organizaciones complejas. Hirschman hace hincapié en que la propensión a protestar y a aislarse depende en gran medida de la ignorancia relativa del sujeto. Por lo demás, la protesta tiende a dominar en ambientes que han perdido la legitimidad tradicional. El estado, por su parte, puede suprimir la contestación, impedir la salida, o ejercer la represión. Pero se podría formular un teorema —dice Hirschman— conforme al cual un Estado es capaz de ejercer control sólo sobre dos variables. Como ejemplo recurre a Cuba: al suprimir la protesta y limitar la represión, Castro debió permitir la salida de contingentes decepcionados con la revolución (p. 227).

La última parte del libro reúne artículos concernientes a los antecedentes intelectuales del capitalismo. En esta sección, Hirschman aborda temas como el origen de la prisa que revela la ociosa clase moderna y las afinidades entre Pascal y el principio del interés centrado en el individuo. Los temas son tratados conforme a un contrapunto de paradojas, inherente a Hirschman.

En suma, esta colección de ensayos constituye una pieza en la que la economía, la sociología y hasta el psicoanálisis conciertan un maridaje interdisciplinario e intrigante. Hirschman es una especie de *homo ludens*: juega con argumentos y evidencias para sorprender al lector, habituado a tesis convencionales. A pesar de que los temas no son abordados con la profundidad que merecen, este tránsito entre fronteras enardece la imaginación de todo analista social, suponiendo que todavía no la ha perdido.

JOSEPH HODARA

Manfred Kochen y Karl W. Deutsch, *Decentralization, Sketches toward a Rational Theory*, Publication of the Science Center Berlin, vol. 21, Oelgeschlager, Gunn & Hain, Publishers, Inc., Cambridge, Mass. 1980, 356 pp.

La descentralización corre el riesgo de adquirir entre nosotros estatus de ideología política, aun cuando la experiencia nos dice que en América Latina se cifran esperanzas y expectativas —como en el caso de la planificación— que al final no logran cumplirse.

Bien sabemos que no todo *puede ni debe* descentralizarse. De ahí que "...explorar la estructura común de los problemas de la descentralización en las grandes organizaciones gubernamentales, privadas y administrativas", como Kochen y Deutsch prometen en el prefacio, sea de sumo interés para políticos, empresarios y funcionarios del sector público.

Desde un enfoque sistémico los autores hacen tres preguntas cuya respuesta constituye el objetivo mismo del libro.

1) Dadas ciertas condiciones, qué grado de centralización o descentralización es deseable para un sistema que tiene como objeto prestar ciertos servicios considerando costos y beneficios para los clientes o usuarios, para el sistema mismo y para la comunidad en general que es, en última instancia, la que paga por ellos.

2) Qué decisiones y términos de negociación entre niveles de operación y valores pueden esperarse; en otras palabras, hasta qué punto el organismo que presta sus servicios responde adecuada o aceptablemente a las necesidades o deseos de los usuarios y hasta qué punto éstos requieren, a su vez, de compromisos en su trato (consumo) con la organización, y cómo influye ésta o condiciona las necesidades de sus clientes.

3) Cuáles de esas condiciones cambian o podrían cambiar y en qué dirección bajo el impacto de las actuales o esperadas tendencias políticas, tecnológicas y culturales.

Hay aspectos comunes —dicen los autores— que pueden ser identificables para distintos tipos de sistemas o redes de servicio, como diversas oficinas del sector público, juzgados, servicios de policía, bomberos, ambulancias, hospitales, correos, bibliotecas, redes de información computarizada, etc., si bien cada una de ellas pueda caracterizarse por un aspecto crucial en su operación y se distinga de las demás.

Los sistemas tienen algunas propiedades con respecto a su estructura organizativa. Podemos hablar de las dimensiones y propiedades en un mismo nivel o en niveles subordinados, etc. Así, por ejemplo, la dispersión de los servicios sería una dimensión subordinada a la

descentralización como propiedad básica de un sistema. Para Kochen y Deutsch, la descentralización se define y caracteriza a partir de ocho aspectos, atributos o dimensiones (p. 22):

a) *Pluralización*: medida por el número de agente del mismo tipo.

b) *Dispersión*: el número de localizaciones geográficas en las que el conjunto de agentes del mismo tipo se distribuyen.

c) *Especialización funcional*: el número de funciones especializadas que pueden ser realizadas, ejecutadas, cumplidas por los agentes especializados.

d) *Capacidad de respuesta*: medida en el tiempo que transcurre entre una solicitud de servicio y una respuesta satisfactoria por parte del sistema.

e) *Horizontalidad (verticalidad) de la jerarquía*: representa el inverso del número de niveles de supervisión o sea, aquellos en los que ciertos agentes coordinan las acciones de agentes en niveles inferiores. (Una estructura jerárquica más horizontal —plana— sería correlativa de una mayor descentralización.)

f) *Coordinación y delegación*: el número y naturaleza de las decisiones que pueden tomarse en los niveles más bajos de la jerarquía. Implica una descentralización de a) puntos de decisión, b) memoria; c) acceso a clientes y, d) recursos.

g) *Participación en la toma de decisiones, el cumplimiento y la reasignación de servicios*: se refiere a la probabilidad que tienen los clientes de acceder a canales receptores, la posibilidad de tomar decisiones particulares y el tiempo y recursos disponibles para tal acceso y la probabilidad de modificar resultados.

h) *Participación en el rediseño del sistema o cambios en su estructura*: se define por las posibilidades de revisar el sistema que permita cambios en su estructura, el personal y su funcionamiento, y las probabilidades de que tales cambios obtengan los resultados esperados.

Los primeros cuatro se refieren a la calidad y accesibilidad del sistema; los restantes, a la distribución del poder dentro de la organización.

Kochen y Deutsch rechazan la distinción, en el plano operativo, entre organizaciones públicas y privadas. Para ellos, el grado de carga de trabajo, capacidad del sistema, costo del servicio, tiempo de respuesta, retraso o probabilidad de error, cuellos de botella, problemas de "colas" y congestionamiento, etc., representan un inevitable cruce o base de semejanza entre un sistema público y uno privado. Asimismo, el énfasis que otros autores ponen en la participación es para éstos de poca utilidad. Insistiendo en el plano operativo sugieren, como contrapropuesta a este respecto, una diferencia en la participación de los elementos siguientes: a) *por quién*: en este caso se

señala que la presión que ejercen los grupos afectados ocurre tanto en organizaciones públicas como en privadas; *b) en qué*: se trata de los niveles, alcances y categoría de las decisiones que se toman (*véase* dimensiones g y h) y *c) con qué peso*: se refiere a la diferencia que un grupo o individuo tiene al modificar las probabilidades de un resultado particular.

En el marco de estas consideraciones cabe recordar que algunos autores, al referirse a la política social del estado (y la descentralización parece ser parte integral de dicha política), afirman que "no pueden evitarse los juicios de valor cuando se trata de atender al bienestar de la población. La construcción de modelos o la elaboración de teorías que tengan algo que ver con la "política" deben enfrentarse inevitablemente a "lo que es y lo que debiera ser" a lo que nosotros, como miembros de una sociedad, queremos (los fines) y cómo los obtendremos (los medios). La política no sólo tiene que ver con los valores, sino que quienes discuten problemas de política tienen a su vez sus propios valores (algunos los llamarían prejuicios).¹

Quizás, consciente de ello, Kochen y Deutsch se preguntan cómo evaluar o dar prioridad a las combinaciones de las ocho dimensiones que proponen. Los valores —afirman— se derivan de cuatro fuentes principales: de los clientes o usuarios, de los prestadores directos de servicio, del servicio producido y de la organización misma que lo produce. Éstas, sin embargo, no son las únicas. Hay también beneficiarios indirectos, así como patrocinadores cuyos valores pueden o no reflejarse o identificarse con los de la institución y otros más, que se ven afectados positiva o negativamente por las llamadas "externalidades" y cuyos valores pudieran diferir de los de todos los demás (p. 211).

No todas las dimensiones son medibles ni independientes entre sí. Sin embargo, es posible pensar en situaciones extremas. Así, tendríamos que una organización puede especializarse funcionalmente o no, dispersarse o no, contar con muchos o pocos niveles jerárquicos, etc. Con objeto de clasificar estas dimensiones proponen una matriz de 2⁸ celdas o 256 combinaciones aunque no todas posibles (p. 229). Entre las combinaciones posibles, habría que juzgar cuáles son prioritarias y para ello sugieren los siguientes criterios: *a)* su importancia para los clientes o usuarios; *b)* la frecuencia con que son utilizadas en las decisiones sobre descentralización; *c)* si son indispensables para las decisiones de descentralizar; *d)* si son importantes para la comunidad; *e)* si no ofrecen riesgo de error o incertidumbre para las decisiones; *f)* si son de importancia para el personal de los

¹ Representativo de esta posición y aquí citado es R. Titmuss, *Social Policy*, George Allen & Unwin, 1974, p. 132.

servicios descentralizados; *g*) su eficiencia técnica o su adaptabilidad a adelantos tecnológicos; *h*) su costo en el proceso de descentralización. Esta lista, creo, no es la única posible, pero representa un punto de referencia para una discusión concreta en torno a la acción de descentralizar. Por ejemplo, los autores señalan que la pluralización es más sensible a los costos que lo que sería la dispersión o la delegación; que la dispersión constituye por la accesibilidad, una dimensión muy importante para los usuarios. El problema —como lo hacen ver Kochen y Deutsch— es que las dimensiones no pueden instrumentarse solas porque no son independientes. Una gran dispersión no puede darse sin una especialización y una pluralización elevadas; la participación no está separada de la delegación de autoridad, responsabilidad y poder de los participantes; no puede separarse la especialización de la jerarquía, etc.

Puede decirse, que el tema centralización-descentralización ha pasado de su forma ideológica “esto vs. lo otro” a una forma más razonable y susceptible de llevarse a la práctica. Podríamos hablar (pp. 224-225) de un grado de descentralización sólo relacionándolo con alguna organización destinada a ello dentro del contexto específico en el que se llevará a cabo. La dicotomía simplista contiene un alto contenido ideológico. No se trata de esto o el otro sino “de cuánto” y “bajo qué condiciones”. Para ello, necesariamente, tendremos que saber “de qué”.

Sería pretensioso decir que en esta reseña se hace justicia a los temas tratados con amplitud, profundidad y rigor. El libro incluye, además de una extensa y valiosísima bibliografía y varios índices, quince apéndices en los que se presentan formalmente los modelos manejados conceptualmente en el texto.

BORIS GRAIZBORD